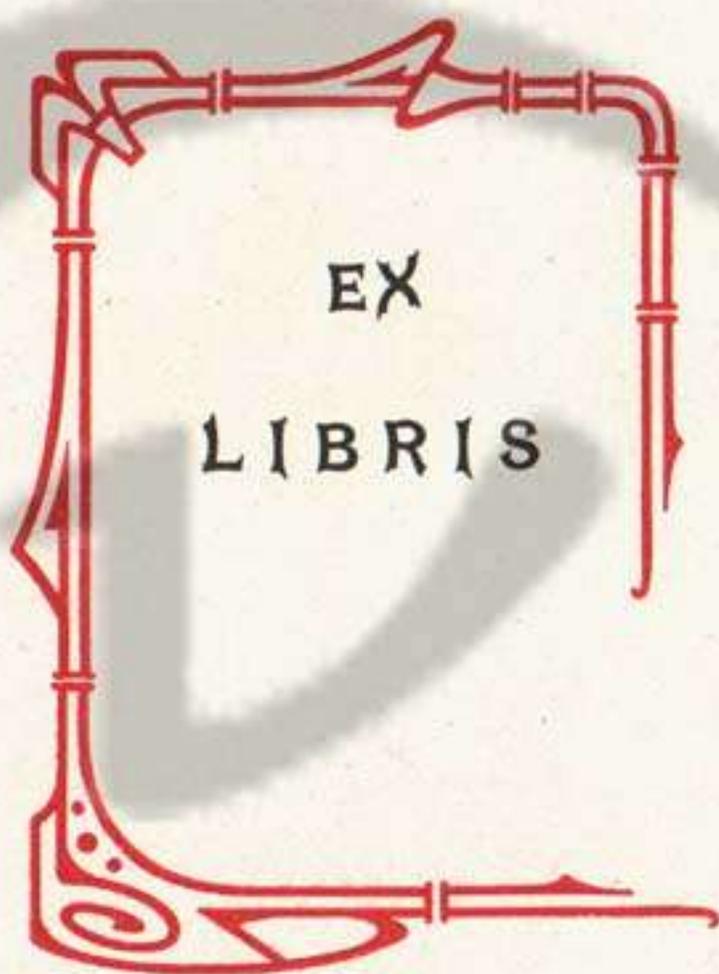


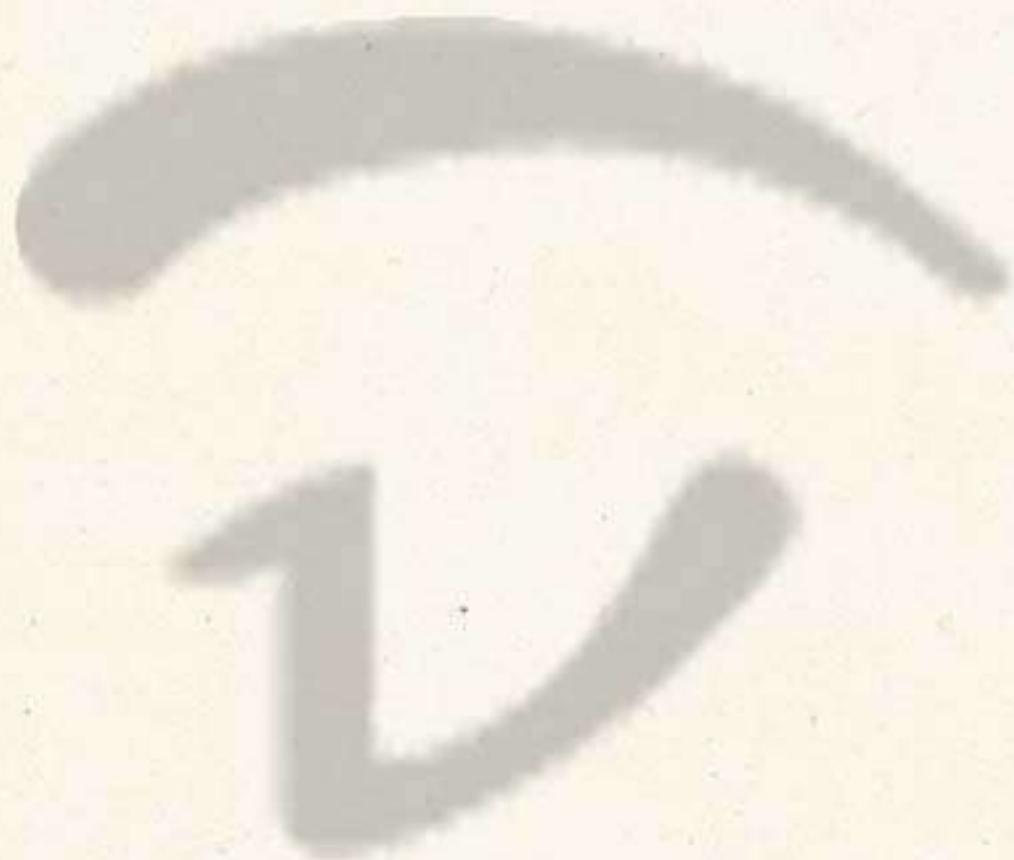
La locura

de D. Quijote



L A LOCURA DE DON  
QUIJOTE ❁ ❁ ❁  
ESTUDIO ❁ POR ❁ EL  
DR. DON MANUEL LA-  
SALA ❁ ❁ ❁ ❁ ❁





❁ ❁ Este estudio fué leído por su autor en el CENTRO ARTÍSTICO LITERARIO, la noche del 6 de mayo de 1905, en ocasión de conmemorarse el centenario del QUIJOTE.

❁ ❁ El auditorio, á quien deleitó, le hace ofrenda de esta edición. ❁ ❁



*Señores:*

Del conflicto entre la cortedad y el buen deseo, ha nacido este discurso que yo quisiera fuese digno de los entendimientos que han de juzgarlo, pero no es factible que la sabiduría se improvise ó que la discreción se finja, como no es de presumir que el árbol correoso y escaso de savia dé frutos regalados y succulentos.

Trescientos años ha que un hidalgo, tan modesto en el sentir como aventajado en el ingenio, dió á la estampa un libro de ficción que acá decimos *El Qui-*

*jote*, el cual libro ha tenido tan buen éxito que, después de la Santa Biblia, sobre todos los libros descuella por el número de sus ediciones y por el brillante ejército de sus comentadores. Hacedme la merced de considerar si en un país y en una raza como la nuestra, donde fácilmente se hermanan la desocupación y el ingenio, la imaginación y el bien hablar, es maravilla que desde Felipe III acá haya surgido una falange de cervantófilos y una literatura cervantesca que tiene ella sola tanto que entender como todo el resto de la literatura patria.

Más yo, que no estoy versado en estos primores, que ni por sueño podía pensar en verme en esta necesidad que ahora me acosa, harto haré en salir del paso con algunas impresiones de mi cosecha. No he leído los comentarios; he leído el Quijote, y lo que voy á decir es lo que se me ocurre á raíz de la lectura.

Principalmente deseo dar mi opinión

sobre el género de desvarío que padeció Don Quijote, estudiando este héroe de novela desde el punto de vista clínico, señalando de paso cómo parece presumible que el mismo Cervantes tomase este tipo del natural. En esta empresa tengo varios antecesores, según me han dicho, entre ellos el insigne Dr. Pí y Molits, tan sesudo alienista como literato de renombre. Por lo mismo no he querido leer el trabajo del Dr. Pí; en lo fundamental estaremos seguramente de acuerdo, y en lo personal anhele tener opinión propia, aunque sea equivocada.

Del conjunto del libro no es menester que os hable ¿quién no lo ha leído? La famosísima historia del «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha» es no solo una novela sino una enciclopedia de moral y de vida práctica, un archivo de retórica y un catálogo de sentenciosas discreciones. Como obra de ficción, para saciar el hambre de lectura, es una soberbia pieza de resistencia, ya altiso-

nante, ya comedida, y en su maciza estructura halla lugar desde la prosa más selecta hasta el verso más mediano. La narración es verdadera y variada, dando espacio á un mechado abundoso de cuentos ajenos á la trama, ora delicados como la «historia del cautivo», ora inverosímiles como la «novela del curioso impertinente», ora llenos de impensados y dramáticos sucesos, como «las aventuras de Cardenio».

Los zahorís eruditos pretenden descubrir en el Quijote algo más que un ameno relato, y sobre esto he de decir dos palabras.

### EL SENTIDO OCULTO

No han faltado entre los comentaristas de Cervantes imaginaciones vagarosas y espíritus suspicaces que han creído ver

en el Quijote un puro simbolismo que sirve de velo á hondas doctrinas esotéricas. De este número son Benjumea, Adolfo Saldías y, sobre todo, Don Baldo-mero Villegas. Contra estas pretensiones arguyen Asencio y Menendez Pelayo, proclamando que la fábula de Don Quijote es tan diáfana en el pensamiento como en el estilo y que no encierra ningún sentido oculto. Pero el mismo Menendez Pelayo dice:

«Cada cual tiene derecho de admirar el Quijote á su manera, y de razonar los fundamentos de su admiración, por muy lejanos que estos parezcan del común sentir de la crítica y aún de la letra de la obra».

No se extrañará, pues, que algún lector encuentre alegorias en el Quijote, aunque sea probable y hasta cierto que su autor no pensó en tal ficción al escribirlas. Pondré un ejemplo:

La historia del pastor Grisóstomo y de la hermosa Marcela sugiere la eterna

pintura de los enamorados del ideal, la llama devoradora que enciende la belleza inasequible: nadie mejor que Becquer ha formulado estas ansias:

«Yo soy un sueño, un imposible,  
Vago fantasma de niebla y luz,  
Soy incorpórea, soy intangible,  
No puedo amarte. ¡Oh! Ven, ven tú.

Esa Marcela andariega y desdeñosa, que á todos se muestra y á nadie se somete, que inprime el reflejo de su incomparable hermosura en la agreste naturaleza donde se solaza, que no se ablanda con súplicas, ni con lágrimas, es la pintura del ideal. «Fuego soy apartado y espada puesta lejos; á los que he enamorado con la vista he desengañado con palabras.»

Grisóstomo es el enamorado inepto, el explorador que equivoca la senda, el apasionado sin sabiduría y sin carácter, siempre fuera de la realidad, nunca aleccionado por el fracaso. Mezcla de erudito y de supersticioso, con pretensiones de artista y facultades de artesano, contesta á los desdenes de Marcela con lamentaciones inútiles, en lugar de asediarla vigoroso con los recursos de una voluntad mas ·ulina. Abandona su casa, sigue á Marcela por cerros y cañadas, vestido de pastor, degradado ante sus propios ojos, como si fuese posible el amor donde no cabe el respeto. Hizo bien en morirse Grisóstomo y en mandar enterrar con él toda la balumba de versos ñoños y conceptuosos que escribió, y aun hubiera sido mejor que su amigo Ambrosio no se hubiese contagiado y le dejara dormir en paz, bajo aquella gruesa peña que le servía de losa, sin el epitafio en verso inocente que remata la historia de una vida descarriada y estéril.

## EL GENIO Y LA LOCURA

A nadie sorprenda que se haya inmortalizado el tipo de Don Quijote, con ser el tipo de un loco, porque la atracción de lo misterioso es igual en la perversión que en el florecimiento del más noble atributo de nuestro sér, en el fasto que en el nefasto de la espiritualidad humana. Cuando queremos medir y poner límites á esos dos procesos de la inteligencia, nuestras ideas se confunden, nuestras reglas artificiales no pueden aplicarse, el criterio nos abandona. Núñez de Arce lo ha dicho:

«¡El génio! ¡La locura! ¿Quién decide  
Tan difícil cuestión? ¿Quién fija y nombra  
La línea imperceptible en que coincide  
La clara luz con la nocturna sombra?»

A través de la historia, vemos á los locos alternar con los héroes, con los filósofos, con los reformadores, sin que nos sea posible negar la inmensa influencia que los locos han tenido y tienen en los sucesos del mundo. Loco fué Diógenes y loco epiléptico Alejandro Magno; Sócrates estuvo sujeto á alucinaciones del oído y padeció la fotoparestesia. ¿Qué fué Mahoma sino un epiléptico y un imbécil moral? Alucinado fué Lutero, loco de atar Rienzi el Tribuno, maniaco Savonarola, melancólico Schopenhauer, y Luis de Baviera, que ha transformado con Wagner la música moderna, murió de mente.

Ahora mismo, en la agitación febril de estos tiempos, hay hombres desconcertantes que tienen tanto de genios como de locos. En la Florida, un Dr. Ciro Teed echa rápidamente los cimientos de una gran ciudad, que ha de ser, gracias á la apertura del canal de Panamá, uno de los puertos más importantes del Golfo

de México y del mundo; sus dotes de organizador son admirables, pero no se puede negar que está loco; cree y hace creer á los que le siguen que el globo no es convexo sino cóncavo, que el sistema de Copérnico es falso, pues no vivimos en la superficie de una esfera sólida sino en lo interior de una esfera hueca.

Hay que confesarlo: el tipo humano normal, con su medida justa de salud, bienestar, prudencia y humildad, no descuella en ningún sentido; sin ambición no hay empresas, y la ambición es un desequilibrio: los jóvenes normales tienen un ideal mientras el ideal no les acarrea molestias, en la virilidad los ideales descenden hasta la región del dinero y raras veces tienden las alas fuera del ámbito de la familia; en la vejez las fobias toman cuerpo, los desengaños han dejado su poso de escarmientos, y el único ideal es la paz, la inmovilidad; el único horror el cambio; por eso los

viejos son misoneistas, enemigos de reformas, aplazadores acérrimos de toda intervención que cambie de postura un solo átomo del universo.

## REALIDAD

### DE LAS CREACIONES GENIALES

Tras el telón de fondo de ese escenario que se llama fantasía, el ojo escrutador de la conciencia contempla con igual emoción lo real y lo imaginado, lo que vive á pesar de nuestra mente y lo que nuestra mente engendra. Unas formas y otras adquieren persistencia, que es, según Spencer, el criterio de la realidad, y tienden á identificarse tanto más cuanto más intuitivo es el sujeto. En los dotados de genialidad prolífica, los entes imaginarios adquieren la nitidez y la vida de los entes reales, ó como decía gráficamente el pobre Becquer: «Las

gentes de uno y otro campo se mezclan y confunden». Formas inobservables y de pura razón, como el carbono tetraédrico, ocupan en nuestros raciocinios un lugar tan legítimo como los datos que nos vienen de los sentidos; elementos universales que ni siquiera se pueden concebir, como el flúido imponderable llamado *éter*, entran con dominio en las más rígidas doctrinas de la ciencia; séres mitológicos de absurda genealogía arraigan durante siglos en la conciencia de los pueblos, y hombres que positivamente sabemos no han existido nunca, alternan en nuestros recuerdos con los hombres de carne y hueso, como cosa natural y legítima. ¿Quién puede persuadirse de que Macbeth y Hamlet han sido sombras engañosas, Lohengrín un cromo, Fausto una quimera? ¿Qué español se resigna á desengañarse y ver en Don Quijote una ficción sin substancia?

Así funciona nuestra mentalidad, así estamos constituídos sin remedio, con

un pié en el misterio insondable de lo invisible y otro en la corteza sólida del planeta. Por eso las creaciones del genio son cosas reales y vivas, sujetas á la observación y al análisis, séres capaces de modelar nuestro pensamiento, de hacer latir nuestro corazón, de dejar su huella en nuestra conducta. No es por lo mismo empresa baldía y mero juego verbal el clasificar á Don Quijote en el título que á su locura asigna el tecnicismo moderno. Si Cervantes viviese ahora y fuese médico, podría mandar la historia clínica del Sr. Quesada á cualquier revista profesional para instruir á sus lectores.

#### EL CASO CLÍNICO

Don Alonso Quijano, soltero, de 50 años, era el único superviviente de una familia acomodada y señorial, aunque de escasa hacienda en tierras de la Mancha. Nada se sabe de sus antecedentes here-

ditarios, por más que alguna probabilidad de degeneración encierra su género de vida y el ser en la casa y linaje un punto final. De buena salud á diario, el enfermo era de temperamento nervioso, aventajada estatura, seco de carnes y avellanado ó amojamado. Esta falta de tejido adiposo se explica por la mala y parca alimentación que le servía de régimen, así como por su afición á la caza y á madrugar.

Moralmente era Quijano hombre honradísimo y caritativo, de trato dulce y afable, de ingénita discreción, casto y reservado en las palabras y en los actos, pero muy antojadizo, muy imaginativo, ocioso hasta el tuétano y enamorado de ficciones, embelecocos y maravillas. Llevóle esta tendencia con creciente ardor á devorar novelas, versos y libros de caballería y á crear en sí una excitación cerebral constante, pues «se pasaba las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio.»

Su afición á los libros de caballería no era señal de desequilibrio en aquellos tiempos, pues el cura del lugar, «hombre docto y graduado en Sigüenza,» cojeaba del mismo pié que Quijano y que maese Nicolás, el barbero. En una edad en que la red arterial del cerebro comienza á endurecerse, el insomnio y la lectura insensata trajeron como inevitable consecuencia un cambio funesto: «del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro».

Lo primero que se notó en Quijano fué un cambio en sus costumbres y afecciones: abandonó el ejercicio de la caza, no volvió á ocuparse de su hacienda como no fuera para malvenderla y comprar más libros, dejó el trato social y se abstuvo de todo recreo doméstico. Al propio tiempo la *agripnia*, la ausencia de sueño, que nunca falta en los comienzos de la enajenación mental, iba labrando su obra sigilosa.

En esta época debieron de ocurrir las

primeras alucinaciones, aunque Cervantes no las relata. Ellas son las que sustituyen á la realidad para los efectos de la experiencia, y las que conducen al enfermo á admitir como pruebas irrecusables, como revelaciones, las sensaciones anormales que confusamente se desenvuelven en los centros nerviosos.

Al principio no hay idea fija, unos proyectos se dejan por otros, ya que la movilidad y turbulencia de las ideas impide la constancia en los propósitos. Todo es vago é informe hasta que nuevas alucinaciones desembrollan el caos y marcan el rumbo definitivo de la tema. Quijano no podía sustraerse á esta evolución fatal. Cervantes lo dice: «Rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento... hacerse caballero andante é irse por el mundo». Ya tenemos la idea núcleo; la sistematización ha comenzado.

El loco razonador es lógico desde el momento que *cree* en la verdad de sus alucinaciones. Además, las emociones

que suscita su delirio le son muy agradables. ¡Con qué finura lo expresa Cervantes!: «Llevado del extraño gusto que en estos pensamientos sentía». Por eso el loco prefiere la ilusión á la experiencia. Hizo Don Quijote una celada de cartón y para probar su dureza le dió un tajo con la espada; el artefacto se hizo añicos con el golpe: este es el fruto del experimento, fruto doloroso. Por segunda vez construyó la celada, pero le puso «unas barras de hierro por de dentro» y, cediendo á la ilusión, la diputó por buena sin más ensayos ¿para qué? Esto le era grato.

En el temprano período de novedades y revelaciones, no se han desarrollado todavía el terrible orgullo y el aplomo del enagenado, no le han crecido aún las alas del valor, el arrojo ciego, el desprecio de la muerte, la insolencia impávida que le harán temible más tarde. Don Quijote teme que la sobrina ó el ama ó los vecinos desbaraten su plan, y no da á nadie aviso de su primera salida. Que

temía posibles obstáculos lo prueba «el grandísimo contento y alborozo con que salió al campo, al ver con cuanta facilidad había dado principio á su buen deseo».

Ya en el campo, hecho un caballero andante, según su gusto, vemos desarrollarse la locura de Don Quijote, con tal verdad, vémosla descrita con tan fina observación y riqueza de pormenores, que un error de diagnóstico no es posible.

En una sola cosa no es completo Cervantes, en consignar las habituales alucinaciones del enfermo. Como esto es de capital importancia, permitidme, señores, una corta digresión.

### ALUCINACIONES É ILUSIONES

Conviene deslindar con toda claridad la significación de dos términos que suelen ser confundidos en el lenguaje vulgar

por los cultos y por los incultos: son las palabras *alucinación é ilusión*.

La ilusión es una perturbación mental que trueca ó desfigura las sensaciones normales, pero que se apoya siempre en la realidad: el loco, por ejemplo, ve un molino de viento y lo toma por un gigante que agita los brazos. En las alucinaciones el proceso es distinto: la mente forma en totalidad la imagen sensorial y la proyecta al exterior, en ausencia de toda impresión de los sentidos. El alucinado está á oscuras; sin embargo, á sus ojos aparece un resplandor, una nube que va concretándose y toma la apariencia de una mano, de un reptil, de un ángel..... El loco se halla en un lugar desierto ó silencioso; sin embargo, su oído percibe un susurro que va convirtiéndose en una voz, en una música, en alaridos, en llanto.

¿Quién no ha sido alguna vez víctima de la ilusión, por poco que las circunstancias la favorezcan? Alzamos los ojos al

soberbio dosel del cielo y vemos allí deslizarse en muda procesión formas algodonosas colosales que varían sus inseguros contornos con mágica grandeza: en breve rato veremos un poderoso navío, un dragón con las fáuces abiertas, un sagitario con el arco tendido, ó una aparición blanquísima, de suelta cabellera, las manos alzadas al cielo, la vestidura ondulante, rezagada en el lento avanzar de aquel ensueño de hermosura.

Otras veces, de noche, á solas con nuestros presagios, y temores, mantiéndonos en la vigilia el recio batallar del viento: trae consigo la furia abominable que nada respeta, que se cuele en lo hueco y azota lo sólido, resopla y gruñe, silba y retiembla, crugiendo en las maderas y rasgándose en los balcones; finge amenazas y profiere voces espantables con pulmón prodigioso para arredrar nuestro ánimo; por momentos creemos oír una frase apocalíptica, una maldición bronca y lúgubre. ¿Va á desquiciarse el

mundo? Luego viene una tregua, siseos y suspiros, un murmullo amoroso ahogado en roces suaves..... ¿Son besos, labios invisibles que siguen en el espacio el rastro de una faz errabunda? ¿Ángeles de larga túnica que acallan con la seda de sus alas la rebelión bestial de los elementos? ¡Desvaríos! Todo pasó; el alba viene, serena y dulce, á obrar su milagro de todos los días, trayéndonos la paz y una promesa de ventura en su frente de rosa y ópalo.

La historia de Don Quijote está repleta de sus ilusiones, pero apenas menciona sus alucinaciones, aunque es seguro que las tuvo ó que debió de tenerlas. La única vez que vemos á Don Quijote con alucinaciones es en el capítulo V de la primera parte, y aún entonces Cervantes pone la observación en boca de la sobrina del héroe.

«Sepa, señor maese Nicolás, que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados

«libros de desventuras dos días con sus  
«noches, al cabo de las cuales arrojaba el  
«libro de las manos y ponía mano á la  
«espada, y andaba á cuchilladas con las  
«paredes, y cuando estaba muy cansado  
«decía que había muerto á cuatro gigantes  
«como cuatro torres (alucinación), y que  
«el sudor que sudaba del cansancio de-  
«cía que era sangre de las heridas que ha-  
«bía recibido en la batalla (ilusión).»

No parece sino que Cervantes no trató nunca con intimidad á Don Quijote ó que no le conocía más que de oídas. Lo mismo indica la inseguridad que tenía de su apellido, llamándole al bulto Quijada, Quesada ó Quijano.

Más dejando estas cavilaciones infructuosas, hora es de volver á nuestra historia clínica.

### LA FORMA DEL DELIRIO

La idea central del delirio de Quijano era una exaltación de su personalidad,

pues se sentía llamado á grandes empresas de imperecedero recuerdo. Agigantábase en su mente este pasmoso destino y empezaba su voluntad á someter todos sus pensamientos á un plan de realización, completo y colosal, con la admiración del mundo por recompensa y con el poder imperial por sustento. Esta *megalomania* es clara desde el principio: devorábale la impaciencia, abreviaba los trámites de su primera salida, espoleado por «la falta que él pensaba que hacía en el mundo su tardanza».

Como casi todos los megalómanos, cambia su nombre, pasando de Quijano á Quijote, cambia el nombre de su caballo y hasta el de su dama, en pos de sonoridades sugestivas. Este síntoma es característico. Su orgullo desdeña la cooperación del tiempo y va de un salto á recrearse con la posteridad: «¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías!» Su predestinación le reconforta: «Yo he

nacido en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro.» Resume en una fórmula todo su poderío: «Ser caballero andante para desfacer tuertos, socorrer viudas y amparar doncellas.»

Pero se advertirá que el trastorno de su inteligencia no es total: fuera del sistema de sus ideas de grandeza, discurre perfectamente. El cura del lugar lo expresa así: «Fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si se le trata de otras cosas discurre con bonísimas razones, muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo».

La normalidad del caletre de Don Quijote fuera de su tema me parece algo amplificada por el cronista. Su discreción exquisita es quizás añadidura de Cervantes, el cual pone en labios del loco sentencias admirables, como cuando dice: «Sábeta, Sancho, que no es un hombre más que otro sino hace más que otro.»

Las ideas fijas nacen de las creencias firmes: en los sanos como en los locos tienen un criterio común; son completamente invulnerables por el razonamiento, por las burlas, por la persecución, por la violencia.

Y las creencias firmes ¿de dónde dimanan? De la experiencia en lo que cabe; en lo que no cabe experiencia de la autoridad y de la repetición de afirmaciones. Los locos no tienen una fisiología aparte ni una psicología privativa; proceden en sus juicios con toda lógica, partiendo de una base falsa, porque en ellos la experiencia va por caminos engañosos y anormales, por los caminos de la ilusión y de las representaciones alucinatorias.

Las ideas de persecución son escasas en Don Quijote, aunque muy claras: están completamente subordinadas á la tema y apenas originan terror ó fobias. Se reducen á la creencia en encantadores ó magos ocupados en empañar el brillo de sus altos hechos. Las ilusiones de los

sentidos son frequentísimas: la venta le parece un castillo con torres y chapiteles de luciente plata; toma un rebaño por un ejército en marcha y los balidos de las ovejas le suenan á relinchar de caballos, toques de clarín y redoble de tambores; un asno se convierte para su percepción en un caballo, y la bacfa de azofar que lleva el barbero en la cabeza, parécele yelmo finísimo de oro.

Presenta también este enfermo ilusiones de la personalidad: despues de la paliza que le propinaron los mercaderes toledanos, quedó Don Quijote tan conturbado como se puede ver por la exclamación siguiente:

«Mire vuestra merced, señor ¡pecador  
«de mí! que no soy don Rodrigo de Nar-  
«vaez sino Pedro Alonso su vecino, ni  
«vuestra merced es Baldovinos..... sino  
«el honrado hidalgo del señor Quijada.»

El nacimiento de las ilusiones es espontáneo en Don Quijote: no puede provocarse por sugestión. Cuando Sancho

tuvo la osadía de encantar á doña Dulcinea, el héroe manchego vió en la labradora la pura realidad y no la transfiguración que le sugería su escudero.

Finalmente, á pesar del buen fondo moral de Don Quijote, que aparece siempre á través de su locura, así como un disfraz grosero delata la elegancia de las formas que malamente encubre, se nota de vez en cuando la perversión del sentido ético. Embelesábanle todos los caballeros legendarios, pero, dice Cervantes, «sobre todos estaba bien con Reinaldos de Montalbán; y más cuando le veía salir de su castillo y *robar cuantos topaba.*»

El curso de esta dolencia fué el de costumbre; una marcha continua con exacerbaciones, realizadas de vez en cuando por un acceso francamente maniaco. Mientras duraba el escrutinio inquisitorial que de sus libros estaban haciendo el cura y el barbero, el enfermo tuvo un súbito acceso de furor, con gritos, logo-

rea, gesticulaciones, tajos, mandobles y otras señales de estar bajo el imperio de alucinaciones de la vista y en plena tormenta de su descabalado cerebro.

¿Hay con los datos expuestos materia suficiente para que un alienista pueda hacer un diagnóstico preciso? Probemos.

### EL DIAGNÓSTICO

Don Quijote de la Mancha padeció un género de locura muy bien descrito en los tiempos modernos. Los tratadistas le dan el nombre de *paranoïa*, pero suele también llamarse *delirio sistematizado crónico* y ha sido descrito en épocas anteriores con el nombre vago de *monomanía*. La *paranoïa* tiene dos formas: «delirio de las grandezas» y «delirio de las persecuciones». En ambas formas todas las ideas del sujeto están subordinadas á otra fija, y se relacionan de

modo tan invariable que forman un sistema completo. Las ideas de grandeza no excluyen las de persecución, ni recíprocamente, pero la tema ó idea fija organiza y coloca en su lugar secundario á las ideas asociadas. Así, Don Quijote es un tipo perfecto de *paranóico megalómano*, porque consistiendo su tema en una predestinación de colosal grandeza tiene como complemento la elaborada sucesión de encantadores que le perseguían con sus diabólicos artes para quitarle la gloria del vencedor.

#### ORIGEN DEL MODELO

En el último capítulo del Quijote el autor deja caer el telón sobre su historia con la maestría del que sabe su oficio de novelador. El hidalgo manchego cura repentinamente de su delirio y muere como cristiano. Lejos de mí el censurar tan há-

bil recurso: en la novela y el drama los locos suelen recobrar así la razón en el momento oportuno, y la recobran por entero. En la realidad es donde, por desgracia, no ocurre lo mismo; los paranóicos no se curan, viven y mueren locos por regla general y sabida. Si la situación se prolonga, poco á poco se va acentuando la demencia y aparece una senilidad prematura; las lesiones cerebrales de esta senilidad son las que matan al enfermo, si antes no fallece á consecuencia de otra complicación interesante.

Si Cervantes supo ó ignoró esta regla de clínica, á nadie interesa saberlo. Él quiso dejar bien muerto y enterrado á Don Quijote, escarmentado del atrevimiento que habían tenido en hurtárselo para la segunda salida, y bien claro lo dice al flajelar al escritor tordesillesco que en mal hora puso sus manos en la aventura, pero no deja de ser un indicio tal inexactitud de que Cervantes conocía incompletamente la vida de su héroe,

probablemente muerto mucho antes y en circunstancias desconocidas para el autor del libro.

¿Inventó Cervantes el tipo de Don Quijote? No, no es posible. No hay imaginación capaz de inventar un género natural de locura: solo la observación puede revelarlo. ¿Tomó el caso de la realidad? Quizá sí, porque era aficionado á contar y recordar cosas de locos, pero es increíble que un espíritu tan sagaz, que un analizador tan pasmoso de las asociaciones emotivas é intelectuales, dejase de notar en Don Quijote el hecho primordial del paranóico, la alucinación. Más juicioso es pensar que Cervantes conoció de oídas al infeliz Alonso Quijano, acaso por relatos de alguna señora ó de persona minuciosa en reparar, aunque de escasa penetración en sus reparos.

En España, donde tantos locos han ido y van sueltos por todas partes, apenas hay pueblo donde no se guarde memoria de algún orate de marca mayor, que ha

pasmado á sus paisanos por lo increíble de su tema. Como estos míseros viven mucho y viven en la calle, como siempre hay quien con ellos se divierte (diversión de mal gusto), la historia de su perturbación se graba en la memoria de todos y años despues de su muerte es imposible hacer un diagnóstico retrospectivo con toda seguridad. Yo conozco algunos casos de estos, recogidos por tradición, que son sumamente curiosos: lo que no es posible es inventarlos; la locura no la puede inventar ni el mismo loco; tal es la pobreza de sus formas y la matemática rigidez de su proceso.

### CRUELDAD DE LA ÉPOCA

No puede ser más ingénua la pintura que hace Cervantes de la natural crueldad de la gente en tiempo de Felipe III: en todo el libro se va repitiendo el es-

pectáculo de cristianos que se divierten apaleando á un loco ó que se rien de las desgracias que le acaecen. Es de ver el arte con que Cervantes expone, para excitar la hilaridad del lector, la pedrea de los pastores; toda la obra está llena de molimientos, palizas, dientes rotos y costillas en quiebra, sin lo cual la historia no hubiera sido divertida. Esta falta de caridad, este desprecio de la dignidad humana, resto atávico de los siglos de barbarie, era común á todas las clases sociales: doctos y analfabetos, dueñas y doncellas, pastores y duques, tenían á fiesta ocasionar algún dolor al loco y se gozaban en verle por el suelo y abrumado. El único personaje de la obra á quien repugnaba este juego, es el grave eclesiástico que moraba en casa del duque. De Felipe III á Alfonso XIII los españoles nos hemos civilizado algo: hay en nuestros corazones algunos átomos de sangre fraterna; hay en nuestros sentimientos ciertos hábitos de conmiseración y dul-

zura, hay en nuestras inteligencias algún rayo de luz celeste que nos muestra en el sufrimiento del prójimo una noble ocasión para ejercitar la paciencia, el amor y el sacrificio.

He dicho.

*Villarreal 29 Abril 1905*



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN CASTELLÓN, EN CASA DE  
BARBERÁ Y BASTIDA  
EL 20 DE MAYO  
DE 1905.

